

Simone de Beauvoir: amar sin ataduras

Rechazó toda atadura y todo convencionalismo: no se casó y vivió fiel a un gran amor; no tuvo hijos y muchos de las nuevas generaciones la tienen como modelo de vida. Nunca buscó el adaptarse sino el ser ella misma. Política e intelectualmente resiste ataques y presiones, comprendiendo las corrientes y las ideas de moda. Siempre dispuesta a corregirse y a radicalizarse. Nunca atada pero siempre muy unida a su ciudad, a sus seres queridos y a las ideas que perseguía.

Estas notas vienen a ser algunas de las señas de identidad básicas de Simone de Beauvoir, considerada como una de las grandes personalidades del siglo XX. Mujer inteligente, bella, atractiva, enérgica y sensual, ¿qué significó el amor en la vida de tanta mujer?

Al repasar la totalidad de su obra, y de modo especial los libros de contenido autobiográfico, como son los tomos de sus Memorias, comprobamos que Simone amó mucho a lo largo de más de siete décadas. Por orden más o menos cronológico fueron ocupando lugar primordial en su vida afectiva: su padre, su única hermana, su íntima amiga de la adolescencia, su primo Jacques, sus grandes e incondicionales amigas de la vida adulta, sus apasionados amantes y, sobre todo, Sartre, su gran amor que duró más de cincuenta años, es decir, desde que se conocieron hasta que la muerte los separó.

Cuando la escritora francesa ya era famosa, y su vida privada pasó a interesar tanto o más que el contenido de sus escritos, una popular revista americana le pidió que hablara del amor. En un tono muy suyo, Simone respondía a la pregunta de ¿por qué nos enamoramos?: «No hay nada más sencillo. Os enamoráis porque sois jóvenes, porque sois viejos, porque se va la primavera, porque empieza el otoño, porque os sobra energía, porque estáis contentos, porque os aburrís, porque alguien os ama, porque alguien no os ama... Hay demasiadas respuestas».

Persona tan rigurosa y reflexiva como es Beauvoir, reconoce que el amor, en definitiva, es un misterio. ¿Por qué éste o ésta en lugar de otro? Para ella el amor es desafío, liberación, venganza, conquista que colma una necesidad ambigua, indefinida o incluso infinita. Es una fuerza, una eclosión, una revelación de sí mismo a sí mismo.

Al finalizar su escrito, la autora se repite la pregunta del principio: «¿Por qué nos enamoramos? No hay nada más complejo: porque es invierno, porque es verano; a causa de un exceso de trabajo, o de los ratos de ocio; por debilidad; por fuerza; por necesidad de seguridad, por afición al peligro, por desesperación; por esperanza; porque alguien no os ama; porque alguien os ama...».

Marcada por el existencialismo

Sartre y Beauvoir, Beauvoir y Sartre consiguieron desatar en su entorno la gloria y el escándalo con su manera de pensar y de actuar que recibió el nombre de existencialismo. Al elegir a Sartre, Beauvoir fue consciente de que elegía la libertad y la autenticidad, y que su elección iba en contra de su familia, de su clase y de las leyes morales y religiosas.

El amor que unió a estos dos seres fue, sin duda, una experiencia revolucionaria, y su éxito, con el rasgamiento de vestiduras de muchos, fue total.

Su sentido de la libertad y de la autenticidad se tradujo, desde un principio, en un estar siempre abiertos a todo, lo que les llevó a crear un nuevo estilo de vida. Nunca escribían en el recogido silencio de un despacho. Vivían en hoteles y pasaban el día en los cafés siempre muy cerca de la muchedumbre. No pertenecían a ningún grupito cerrado. Su forma de funcionar agradaba a unos e irritaba a otros, ya que se sabía la relación que había entre ellos, aunque no vivían juntos, y cada cual, por su parte, ejercía una independencia afectiva y sexual. Se hicieron centro de comentarios en todos los medios de comunicación, hasta el punto que ellos, y la totalidad de los existencialistas por extensión, pasaron a ser la imagen viva de la nueva Francia. Es de señalar que Beauvoir llamó a todo esto «una gloria idiota».

No es difícil de comprender que en aquel entonces preconizaban una moral que desconcertaba, ya que la inmensa mayoría no estaba para nada acostumbrada a unir la noción de libertad a la de responsabilidad personal. En la llamada autenticidad, los más veían aquello de «hacer de su capa un sayo», es decir, desorden y exceso. Derecha e izquierda, católicos y marxistas, todos en su momento se manifestaron tajantes a la hora de juzgar el existencialismo, al que acusaban de quietismo y de desmoralizar a la juventud. A la Beauvoir existencialista se la describió como una chiflada, una excéntrica de desatadas costumbres, que practicaba todos los vicios y que llevaba una vida absolutamente alocada. A la vez, otros decían de ella que se pasaba la vida sentada ante la mesa de trabajo, que su pinta era de institutriz y que todo en ella era cerebro.

Musa de los existencialistas

Lo cierto es que Simone de Beauvoir había vivido una infancia feliz, una adolescencia y juventud duras en las que tuvo que pasar por las consiguientes humillaciones de la pobreza, y que nunca perdió el fortísimo impulso que la llevó a volar alto y convertirse en una escritora de primera fila. Y en toda esta meritoria y bonita historia, el amor fue para ella un factor fundamental. En el *Manuel de Saint-Germain-des-Prés*, Boris Vian recoge que el lanzamiento del barrio se debió en gran medida a la inseparable pareja Beauvoir-Sartre y a su fama literaria. Las «caves existencialistas» fueron proliferando y Sartre fue coronado Papa del existencialismo, mientras que Beauvoir recibió el título de Nuestra Señora de Sartre.

Al cumplir los treinta y siete años, Simone de Beauvoir se encuentra consolidada en la búsqueda y realización de su proyecto original, constantemente revisado y fortalecido. Al borde de los cuarenta sabe que es una escritora comprometida, que pone en

práctica una moral, la extraída del existencialismo, que la va conduciendo precisamente, por donde ella había querido ser conducida. El existencialismo afirma que Dios no existe, pero con este postulado, Beauvoir llega a la conclusión contraria a la que puso Dostoievski en boca de Iván Karamazov: «Si Dios no existe, todo está permitido». Su síntesis es: «Dios no existe, nada está permitido», es decir, al no estar Dios para permitir o castigar, cada cual es totalmente responsable de sus actos. Cada uno es lo que él se hace. «Es en el seno del mundo dado —concluye— donde debe el hombre hacer que triunfe el reino de la libertad.»

Simone es una convencida de que el objetivo de los existencialistas es incitar al público a reflexionar sobre la libertad, la esperanza y el amor fraterno. «El escritor —dice— puede sentar los nuevos cimientos de una esperanza justificada y de una acción moral.»

Que la vida y la obra de Simone de Beauvoir está llena de una gran carga de amor, es algo innegable. Hasta el mismo François Mauriac que tanto había atacado el existencialismo y a sus Popes, recogió velas veinte años después y rectificó diciendo: «Ciertamente, se trata de una buena vida, según el mundo que nos muestra Simone de Beauvoir, a pesar de su desorden y sus excesos... esas vidas de placeres, la de Simone de Beauvoir y de Sartre no son sino un retazo brillante. La realidad es un trabajo furioso, ininterrumpido y la sed de justicia que habrá determinado su elección política».

El existencialismo tan atrayente de Beauvoir encierra inteligencia, trabajo intenso y amor comprometido. Ella lo resume bien en su pequeño, gran libro, *¿Para qué la acción?*: «Ese chico no es mi hermano —escribe—. Pero si lloro por él, no es ya un extraño. Son mis lágrimas las que deciden. Nada está decidido antes de que yo decida. Cuando los discípulos preguntaron a Cristo: ¿Cuál es mi prójimo?, Cristo no respondió con una enumeración. Relató la parábola del buen samaritano. Ese fue el prójimo del hombre abandonado en el camino a quien cubrió con su manta y socorrió: no se es el prójimo de nadie, se hace de otro un prójimo mediante un acto». Y especifica más al añadir: «Hace falta solamente para que ese pedazo de universo me pertenezca que lo cultive verdaderamente. La actividad del hombre es frecuentemente perezosa; en lugar de cumplir verdaderos actos se contenta con falsas apariencias. Para saber lo que es mío, es necesario saber lo que hago verdaderamente».

Hacer del otro un prójimo fue una constante preocupación de Simone de Beauvoir en el transcurso de su existencia, y puso todo su ser al servicio de este objetivo que nunca perdió de vista. Quería dar lo mejor de ella misma, y para ello, un primer paso esencial consistió en saber quién era ella misma: para perderse, primero hay que encontrarse, pues de lo contrario, se está ya perdido de antemano.

Es a través del amor y la reflexión, como Beauvoir va descubriendo su individualidad, que seguidamente, y ya sin lugar a dudas, supo integrar en un entorno muy amplio con la voluntad inquebrantable de muchas horas de trabajo.

La realidad de esta escritora francesa es la de una gran individualidad que se integra muy hondo en la sociedad de su siglo XX, y todos nos hemos beneficiado —poco o mucho— de la integración de tan enorme personalidad.

Una infancia rodeada de amor

Quienes están en contacto con el mundo de los niños, insisten cada vez más en la importancia que tienen los primeros años en la formación del individuo. El bebé que es odiado, abandonado, frustrado, tiene muchas probabilidades de convertirse en un esquizofrénico. En grado menor, la indiferencia, el abandono, la falta de estímulos hacen nacer en él un sentimiento de inseguridad y lo llevan a encerrarse en sí mismo. Simone de Beauvoir al recordar sus primeros tiempos dice: «Ignoro cómo fui destetada, cómo fui iniciada en la pulcritud y cómo reaccioné. Pero mi madre era joven, alegre, y estaba orgullosa de haber logrado su primer hijo: tuvo conmigo relaciones tiernas y cálidas. Una familia numerosa rodeó con solicitud mi cuna. Me abrí al mundo confiadamente. Los adultos soportaron mis caprichos con una sonrisa de complacencia: eso me convenció de mi poder sobre ellos. Mi optimismo animó esta exigencia que me ganó desde el comienzo de mi historia sin abandonarme nunca: ir hasta el fondo de mis deseos, de mis rechazos, de mis actos, de mis pensamientos. Sólo se exige cuando se cuenta con obtener de los demás y de uno mismo lo que se reclama; sólo se lo puede obtener si se lo reclama. Agradezco a mis primeros años por haberme dotado de esas disposiciones externas».

Es cierto que la vida no es un simple desarrollo lineal, y que en cualquier momento corre el riesgo de ser detenida, desviada o mutilada, pero igual de cierto es que un comienzo feliz pone al individuo en situación de sacar provecho de toda una serie de circunstancias positivas, mientras que un comienzo desdichado puede quitar muchas oportunidades.

Beauvoir insiste en el tema de su infancia: «La mía fue serena. La comprensión que reinaba entre mis padres confirmó —al margen de algunos tropiezos— el sentimiento de seguridad adquirido desde la cuna. Por lo demás, no había conflictos entre la imagen que el medio me ofreció y mi evidencia íntima».

El hecho de tener una hermana menor, también lo señala Beauvoir como un dato muy positivo en su vida afectiva y en el desarrollo personal de sus primeros años. Entre Simone y Poupette se estableció una buenísima relación fraterna que se fue consolidando a lo largo de toda su vida. «¿Si hubiera sido un varón —se pregunta—, las cosas habrían marchado de manera distinta? No sé. De todos modos, creo que no habría sido ventajoso para mí, más bien habría padecido. Creo que haber tenido una hermana menor y próxima a mí por la edad fue una de mis suertes. Me ayudó a afirmarme. Inventé la mezcla de autoridad y de ternura que caracterizaron mis relaciones con ella. Le enseñé a leer, a escribir y a contar por mi propia iniciativa. Elaboré por mí misma nuestros juegos y nuestra viva relación. Mi actitud respecto a ella derivaba de lo que yo era. Feliz, segura de mí y abierta, nada me impedía acoger cálidamente a una hermana menor por la que no sentía celos.»

Una adolescencia conflictiva

Hasta los doce o trece años su padre era para Simone el colmo de toda su admiración y afecto. Le impresionaba su cultura, su inteligencia, su facilidad de expresión. A partir

de los trece años las relaciones se hicieron tirantes, ya que al crecer, iba advirtiendo las contradicciones del personaje.

«George de Beauvoir se ocupaba cada vez menos de su hogar —escriben las biógrafas de S. de Beauvoir, C. Francis y F. Gontier—. Por las noches iba a jugar al bridge, los domingos iba a las carreras, pero tenía muy poco dinero para derrochar, verdaderamente. A veces volvía a las ocho de la mañana, apestando a alcohol. Se le veía en el Café de Versailles, conocido por sus prostitutas, o salir del Sphinx, el famoso burdel del boulevard Edgar-Quinet.» El ambiente familiar se fue haciendo cada vez más denso. Se peleaban por cualquier cosa, y su madre, callada y encogida, no se atrevía a enfrentarse con la situación. Simone recuerda «las bofetadas, los gritos, las escenas, no sólo en la intimidad, sino incluso en presencia de invitados». Por aquel entonces, su refugio y su remanso de paz comenzó a ser la literatura, culto que en un principio debió a su padre quien les había inculcado que el poder, el dinero y los éxitos sociales desaparecían ante el genio creador.

El hogar amoroso y feliz de la infancia había derivado en un caos, pero el caótico panorama familiar a Simone ya la pesca preparada para no sucumbir. Desde muy pequeña sabe que una mujer puede abrirse bien camino en el campo de las letras y está dispuesta a luchar para conseguirlo, también sabe que de ninguna manera piensa vegetar como su madre. A los quince años, cuando le preguntan, «¿Qué quieres ser de mayor?», responde, «Una escritora famosa».

La certeza de que un día alcanzaría la independencia económica y la gloria le dio una gran seguridad interior y le llevó a que las dificultades familiares no alteraran el curso de su vida. Pero otro factor importante también va a influir de manera fundamental en los ánimos de Simone, se trata del descubrimiento del amor, por primera vez fuera del ambiente estrictamente familiar.

Ser yo misma y amar

Beauvoir recuerda en sus *Memorias de una joven formal* que su primer gran enamoramiento fue a los diez años por una compañera de clase llamada Zaza Mabile: «El azul del cielo se empañó —escribe—. Las clases me aburrían... Los días ya no tenían aliciente... Parecía que el mundo hubiera muerto sin avisar... Cuando apareció Zaza, empezamos a hablar, a contar, a comentar; las palabras me salían a borbotones y en mi pecho ardían mil soles; en un estallido de alegría me dije: “¡Era a ella a quien echaba de menos!” Mi ignorancia de las auténticas aventuras del corazón era tan radical, que no se me ocurrió que sufría por su ausencia».

«No pretendía que Zaza sintiera por mí —dice también— un sentimiento tan definitivo: me bastaba ser su compañera preferida. La admiración que sentía por ella no me disminuía a mis propios ojos. El amor no es la envidia. No concebía nada mejor en el mundo que ser yo misma y querer a Zaza.»

Simone cuenta en sus *Memorias* cómo a partir de aquel entonces sus padres dejaron de ser para ella «generentes seguros», y pasó a querer tanto a Zaza que le parecía más real que ella misma: «yo era su negativo».

En el período de aquel gran primer amor, Simone descubrió mucho de ella misma; de sus emociones, sueños, deseos..., pero no llegó a descubrir lo que supone el poder comunicarse sinceramente con alguien. «Nada más convencional —dice— que las cartas que cambiábamos. Zaza utilizaba los lugares comunes un poco más elegantemente que yo; pero ni la una ni la otra expresábamos nada de lo que nos importaba realmente.»

En el último tomo de sus *Memorias* titulado *Final de cuentas*, Simone analiza desde su vejez, los acontecimientos que de alguna forma han sido claves en su vida. Cuando recuerda su amor por Zaza, reconoce que gracias a ella conoció la alegría de amar, el placer del intercambio intelectual y de las complicidades cotidianas. Gracias a ella abandonó su personaje de niña sabia, al enseñarle, aunque superficialmente, la independencia y la irrespetuosidad. Sin embargo, añade que Zaza «no participó en los conflictos intelectuales que marcaron mi adolescencia; nunca la mezclé con el proceso que se llevaba a cabo en mí. Incluso le oculté cuidadosamente que leía libros prohibidos, que cuestionaban la moral y la religión, y le disimulé durante mucho tiempo que ya no creía en Dios».

Beauvoir ya anciana, sintetiza lo que para ella significó aquel primer amor diciendo: «Sin Zaza mi adolescencia y mi juventud habrían pasado en una triste soledad. Fue mi única relación alegre con la vida no libresca. Tendía a defenderme con un orgullo crispado contra las fuerzas hostiles; mi admiración por Zaza me salvó, librándome de llegar a los veinte años desconfiada y amargada, en vez de estar dispuesta a acoger la amistad y el amor, única actitud propicia a suscitarlos».

En casi todos sus libros la escritora francesa afirma una y otra vez que ella siempre ha dado mucha importancia al amor, seguidamente veremos cómo a lo largo de toda su vida real también supo dársela.

Un ser superior

Como la inmensa mayoría de las quinceañeras, al cumplir esa edad, Simone elucubra acerca del que ha de ser el hombre de su vida: «Me enamoraría —escribe— el día en que un hombre me subyugara por su inteligencia, su cultura, su autoridad». Y también aclara: «yo sólo me casaría si encontrara más cumplido que yo a mi semejante, a mi doble». Reclamaba alguien que fuera superior a ella y tiene claro que no está dispuesta a remolcar a un zángano: «En ese caso —dice— el celibato era preferible al casamiento. La vida en común debía favorecer y no contrariar mi empresa fundamental: apropiarme del mundo». Durante varios años ese esquema orientó sus sueños.

Beauvoir se enamoró primeramente de uno de sus profesores llamado Garric, pero el asunto no pasó de ser un amor platónico de alumna a profesor. Seguidamente, fue un primo suyo quien pasó a ser el hombre de sus sueños: «Miraría a Jacques: sería mío —escribe en *Memorias de una joven formal*—. Ninguna duda: lo amaba, ¿por qué él no iba a quererme? Me puse a hacer proyectos de felicidad».

Jacques nunca llegó a declarársele en firme. Ella por su parte, tampoco deja nunca de dudar: «Por momentos me convencía que podía vivir junto a Jacques sin mutilarme; luego el terror volvía a apoderarse de mí. ¡Encerrarme en los límites de otro! Tengo

horror de ese amor que me encadena, que no me deja libre». A pesar de todas las ilusiones que tiene puestas en su primo, nunca deja de pensar en el amor en un sentido más amplio: «Sin embargo —escribe—, amaba la vida apasionadamente. Hacía falta poca cosa para devolverme la confianza en ella, en mí: una carta de uno de mis alumnos de Berck, la sonrisa de una obrera de Belleville, las confidencias de una compañera de Neuilly, una mirada de Zaza, una gratitud, una palabra tierna. En cuanto me sentía útil o querida el horizonte se iluminaba de nuevo y me hacía promesas a mí misma: Ser querida, ser admirada, ser necesaria; ser alguien. Estaba cada vez más segura de tener un montón de cosas que decir: las diría».

En *Final de cuentas*, último tomo de sus *Memorias*, Simone de Beauvoir resume así el significado de sus primeros amores: «A los dieciocho años, incómoda en mi casa y conmigo misma, soñé, no con ser otra, sino con compartir una vida que me pareciera admirable —la de Garric— o emocionante —la de Jacques—. Ese sueño duró bastante sin que yo creyese en él del todo. Mis sentimientos por Jacques estaban inflados, mientras que los que experimentaba por Zaza eran verdaderos. Aunque insólito, él no tenía nada notable, mientras que Zaza era excepcional».

Explosión de alegría y de tormento

En 1928, en la Sorbona, cuando Simone de Beauvoir no había cumplido aún los veintidós años, conoció a un trío de candidatos a la cátedra de filosofía, se trataba de Paul Nizan, Jean-Paul Sartre y René Maheu. Conocidos por sus audacias intelectuales y su agresividad, Simone se hizo primeramente amiga de Maheu que parecía el menos duro de los tres.

René llegó a gustarle, y mucho, pero ella no acababa de tragar con lo de ser «una segundona», ya que él estaba casado. Tampoco coincide con su escala de valores, y así lo explica al decir que le parecía indecente que los esposos estuvieran «ligados recíprocamente por obligaciones materiales: el único lazo entre dos personas que se amaban debería haber sido el amor».

Y mientras se encuentra en este estado de ánimo, va descubriendo a otro de los componentes del grupito, Sartre, que como «una explosión de alegría y de tormentos» ha de convertirse en el eje central de sus días: «Sartre —escribe— respondía exactamente al deseo de mis quince años: era mi doble, el ser en quien encontraba reflejadas todas mis manías llevadas a la incandescencia. Con él podría compartirlo siempre todo».

Por su parte, Sartre no era demasiado propenso a dejarse llevar por las emociones, además se encontraba enfrascado en su reciente teoría que llamaba «los abstractos emocionales», que se traducían en expresar con palabras las emociones. Para ello era preciso un dominio constante de sí mismo y un saber poner distancias oportunas para permanecer siempre lúcido.

Sartre a sus veinticuatro años supo que no quería perderse el amor de Simone, pero no estaba dispuesto a que ese amor le exigiera renunciaciones. Desde un principio dejó claro que él no tenía vocación de monógamo, cosa nada nueva, ya que desde siempre, un elevado número de hombres han venido manteniendo relaciones con varias mujeres. La originalidad que él aportaba era el proclamar que las mujeres deberían de hacer lo

mismo, es decir, mantener relaciones con varios hombres. Esto que Simone asumió y que para ella fue fuente de alegría y de tormentos, Sartre lo explicó diciendo: «Lo que hay entre nosotros es un amor necesario: pero nos conviene también conocer amores contingentes». Según él, esos amores contingentes deberían ser amores, y no aventuras pasajeras, podían durar mucho tiempo —lo que diera de sí la cosa—, y ser apasionados, sin que por ello se rompieran ni alteraran los fuertes lazos que les unían.

Simone, que ya había tenido ocasión de ver en su entorno los fallos del matrimonio convencional, que tantas veces degenera en trampas, engaños y aventuras extraconyugales, decidió aceptar las arriesgadas reglas de juego que le proponía Sartre: toda una revolución si pensamos que estaba corriendo el año 1929. Confiada o convencida, o ambas cosas a la vez, Simone explica el salto que dio en *La plenitud de la vida*: «En toda mi existencia no había encontrado a nadie tan dotado como yo para la felicidad, ni que se empeñara en conseguirla con tanta obstinación. En cuanto la tuve a mi alcance, se convirtió en mi único objetivo. Si me hubieran ofrecido la gloria y hubiera tenido que ser a costa de la felicidad, la habría rechazado. No sólo causaba efervescencia en mi corazón: yo pensaba que me ofrecía la verdad de la existencia y del mundo». Sartre se había convertido ya en el amor de su vida y sólo la muerte podría separarlos.

Vivir en total transparencia

Sin ningún tipo de ataduras, «sin velos, en una desnudez absoluta», Sartre le propone a Simone el vivir en total transparencia, tal y como él ya lo viene haciendo con sus dos íntimos amigos, Nizan y Guille. Por transparencia entiende la sinceridad total entre dos seres que se esfuerzan en informarse mutuamente de todo lo que dicen, hacen o sienten en cualquier circunstancia de la vida. Lo cual implica un esfuerzo de lucidez total consigo mismo. Comunicar todas las experiencias propias, analizarlo todo, a la gente, el entorno, los acontecimientos, y de todo ello ir sacando el material para su escritura. El escritor ha de revelar el mundo, dar testimonio del hombre y la transparencia es un ejercicio básico para conseguirlo.

Alentados por su racionalismo cartesiano, Beauvoir comenta en *La plenitud de la vida* que adoptaron esta actitud, precisamente porque les convenía: «Ningún escrúpulo, ningún respeto, ninguna adherencia afectiva nos impedía tomar nuestras decisiones a la luz de la razón y de nuestros deseos; no veíamos en nosotros nada opaco ni turbio: creíamos ser pura conciencia y pura voluntad. Esa convicción se fortalecía con el entusiasmo por el cual apostábamos sobre nuestro porvenir; no estábamos entregados a ningún interés definido puesto que el presente y el pasado debían superarse sin cesar. No vacilábamos en oponernos a todas las cosas y a nosotros mismos cada vez que la ocasión lo requería; nos criticábamos, nos condenábamos con soltura, pues cualquier cambio nos parecía un progreso».

No sin esfuerzo, Simone se identificó pronto con las ideas que Sartre tenía claras: eran escritores. Cualquier otra determinación era ficticia. Se trataba de seguir el precepto de los antiguos estoicos que también lo habían apostado todo a la libertad. Había que comprometer cuerpo y alma en la obra que dependía de ellos, y liberarse de todas las cosas que no dependían.

En los comienzos de los años treinta, cuando Simone se encontraba en pleno arrebatado de enamoramiento, Sartre le propone una separación de dos o tres años, para encontrarse luego de nuevo en algún lugar del mundo, en Atenas, por ejemplo. Simone escribe recordando aquella etapa: «Nunca seríamos un extraño el uno para el otro, nunca el uno recurriría en vano al otro, y nada sería más fuerte que esa alianza; pero no tenía que degenerar ni en obligación ni en costumbre: debíamos salvarla a cualquier precio de esa podredumbre. Acepté. La separación que encaraba Sartre no dejaba de asustarme».

Simone, en su estado de efervescencia amorosa, no deseaba sino presencia y proximidad del ser amado. Sus biógrafas, C. Francis y F. Gontier, afirman que «vivía su amor con tal intensidad, que se asustaba de sentir adormecerse sus ambiciones y esfumarse su independencia. Intentaba poner en marcha su voluntad. En vano. La obsesión de su amor le robaba todo el tiempo». Por su parte, Sartre ni por un momento se perdía en exaltaciones de estados de ánimos que le llevarían a desviarse de lo que consideraba su objetivo primordial.

En la «plenitud de la vida» Simone recuerda un hecho que puede ser muy ilustrativo a la hora de hablar del temperamento frío y apasionado, de uno y de otra, respectivamente. Simone recuerda: «Una tarde mirábamos desde lo alto de Saint-Cloud un gran paisaje de árboles y de agua; yo me exaltaba y le reprochaba a Sartre su indiferencia: él hablaba del río y de los bosques mucho mejor que yo pero no sentía nada. Se defendió. ¿Qué es sentir? No tenía ninguna tendencia a las palpitaciones de corazón, a los escalofríos, a los vértigos, a todos esos movimientos desordenados del cuerpo que paralizan el lenguaje: se apagan y no queda nada; concedía más precio a lo que llamaba «los abstractos emocionales»; el significado de un rostro, de un espectáculo, lo alcanzaba bajo una forma desencarnada y se mantenía lo bastante desligado para tratar de fijarlo en frases. Varias veces me explicó que un escritor no podía tener otra actitud; el que no siente nada es incapaz de escribir; pero si la alegría, el horror, nos sofocan sin que los dominemos tampoco sabremos expresarlos».

Amante y amiga

Sartre, desde el principio de sus relaciones, animó a Simone a preservar lo que consideraba que había en ella de más estimable: su gusto por la libertad, su amor por la vida, su curiosidad y su voluntad de escribir. No sólo la alentaba sino que la ayudaba, y cuando veía que sus cinco sentidos no estaban puestos en su trabajo la advertía: «Procure no convertirse en una mujer de su casa». Y la comparaba con aquellas mujeres que después de haber luchado duro para conseguir su independencia se conformaban con ser la compañera de algún hombre.

Ella nunca le defraudó y así él lo ha reconocido en muchas ocasiones: «Lo maravilloso de Simone de Beauvoir es que posee la inteligencia de un hombre y la sensibilidad de una mujer. Es decir, que encontré en ella todo cuanto podía desear». Fue su Amante y fue su Amiga en una fecunda y maravillosa relación que duró desde que se conocieron hasta su muerte: «Tuve tres “amigos íntimos” —dice Sartre— y cada uno correspondió a una época determinada de mi vida: Nizan, Guille y el Castor (porque el Castor también fue mi amigo y sigue siéndolo). Lo que me aportaba la amistad era

mucho más que el afecto (fuera cual fuere), un mundo federativo en el que mi amigo y yo conjugábamos todos nuestros valores, todas nuestras ideas y todas nuestras aficiones. Y ese mundo se renovaba mediante una incesante invención. Al propio tiempo, cada uno de nosotros apoyaba al otro y de eso resultaba una pareja de una fuerza considerable... El resultado de esa federación, cuando alcanzó, también con el Castor, su punto culminante, fue una felicidad aplastante, semejante al verano».

Desde que se conocieron, ninguno de ellos escribió una sola página sin someterla a la supervisión del otro, y lo mismo hicieron con sus sentimientos y con sus actos, hasta el punto que Simone ha dicho: «Eramos uno solo». Sartre también expresó en 1977 «que existe una relación en profundidad que, en algunos momentos, llega casi a crear una individualidad, un nosotros que no es el tú y yo, que es verdaderamente el nosotros. Logré ese nosotros con Beauvoir durante toda mi vida».

Pero esto no surge como por generación espontánea, sino que es algo que se va construyendo. Ellos nos han contado que siempre vivieron sumamente pendientes uno de otro, pero respetándose una independencia total y sin vivir nunca juntos. Nunca se juraron fidelidad eterna y, sin embargo, su relación duró mientras vivieron. La única garantía de su amor fue su mutua transparencia. Su forma de vivir su amor para ellos fue la mejor, pero por eso no trataron de imponerla a los demás. Simone en *La plenitud de la vida* viene a decirnos que lo idóneo es que cada pareja trate de trazarse su propio camino: «En fin —escribe—, ninguna máxima intemporal impone a todas las parejas una perfecta traslucidez: corresponde a los interesados decidir qué tipo de acuerdo desean alcanzar; no tienen ni derechos ni deberes a priori».

Y la molesta enormemente el sentirse juzgada hasta el punto de irritarse cuando terceras personas aprueban o critican las relaciones que ellos han construido, sin tener en cuenta la particularidad que las explica y las justifica. Ella piensa que la fraternidad que soldaba sus vidas hacía superfluos e irrisorios todos los lazos que se hubieran podido forjar. Por ejemplo, ¿para qué habían de vivir bajo un mismo techo si consideraban que el mundo era su propiedad común?, y ¿por qué tener miedo a poner distancia entre ellos si sabían de cierto que nunca podían separarse? En los comienzos de los años sesenta, Simone explica segura de que un solo proyecto les animaba: «abrazarlo todo y testimoniar de todo; él nos mandaba que siguiéramos en caso de necesidad caminos divergentes, sin ocultarnos el uno al otro ni el menor de nuestros hallazgos; juntos nos plegábamos a sus exigencias, a tal punto que en el mismo momento en que nos dividíamos, nuestras voluntades se confundían. Lo que nos ligaba era lo que nos desligaba; y por esa libertad nos encontrábamos ligados en lo más profundo de nosotros mismos».

Conocer con alguien un entendimiento total es un enorme privilegio. Simone fue profundamente consciente de este privilegio, y en todo momento estuvo dispuesta a pagar el precio necesario, por muy alto que fuera.

Azar y libertad

Con sesenta años cumplidos, en su *Final de cuentas*, Simone se pregunta si ella habría llegado a evolucionar en caso de no haber conocido a Sartre, ¿se habría desembarazado de su individualismo, su idealismo y su espiritualismo? La respuesta es que no

lo sabe, sólo sabe que lo encontró y que para ella tal encuentro supuso el acontecimiento capital de su existencia.

Sus sueños de infancia y adolescencia no eran sueños huecos, en ella poseían realidad, pero aún así, es cierto que las circunstancias le ayudaron, ya que está muy dentro de lo posible el que no hubiera podido encontrar con nadie un acuerdo perfecto. «Pero cuando mi oportunidad me fue dada —escribe Beauvoir—, si me aproveché de ella con tanto entusiasmo y empeño es porque respondía a un llamado muy antiguo».

A sus ojos Sartre la sobrepasaba, y le resultaba confortable estimarlo más que a ella misma. No le disgustaba que la llamaran «la gran sartriana» o «Nuestra Señora de Sartre».

«Nunca más saldrá de mi vida», dijo Simone de Beauvoir cuando conoció a Sartre y contaba veinte años de edad. Cincuenta y cinco años después, con motivo del fallecimiento de Sartre escribió: «Su muerte nos separa. Mi muerte no nos reunirá. Así es; ya bastante hermoso ha sido que nuestras vidas hayan podido coincidir durante tanto tiempo». Se trata del principio y el fin de la historia de amor de una pareja que ha admirado a toda una época. Para unos ha sido un modelo de vida, para otros un motivo de intriga, de irritación o de envidia, pero a nadie han dejado indiferente estos dos escritores y filósofos de la libertad, que a lo largo de más de cinco lustros no dejaron nunca de estar unidos en todo lo que ellos consideraban esencial. «Eramos de la misma especie —dice Beauvoir— y nuestro entendimiento iba a durar mientras viviéramos... y nada prevalecería contra esa alianza». Sartre también dice de la alianza entre ellos dos: «Nos comprendimos como dos seres particularmente semejantes... Nunca he hablado en realidad de mis teorías más que con ella... Era el fin de una soledad que no he vuelto a sentir nunca... La relación profundísima, única, que me unía a Simone de Beauvoir era la mejor, la más elevada».

¿Influencia total?, ¿ósmosis?, ¿en qué eran idénticos y en qué eran distintos Beauvoir y Sartre? En su afán de transparencia y comunicación total, fueron ellos mismos quienes contestaron a estos interrogantes en un esclarecedor diálogo mantenido en 1975.

Sartre: Diría que nos hemos influido totalmente.

Beauvoir: Yo diría, en cambio, que no es una influencia, sino una especie de ósmosis.

Sartre: Si quieres, bueno, cuando no se trata sólo de la literatura, sino de la vida, decidimos siempre juntos, y cada cual influye en el otro.

Beauvoir: A eso le llamo yo ósmosis. Tomamos las decisiones en común, y desarrollamos los pensamientos en común.

En los finales de los años cuarenta, cuando ambos conocían ya lo que era el éxito literario, Simone comentó con sentido del humor: «Reinábamos juntos, Sartre y yo, como los Reyes Católicos». Tanto monta, monta tanto, Isabel como Fernando.

Ni esposa, ni madre

Si el amor, como dice Simone, fue algo muy importante en su vida, no menos importante es el que su concepto de amor poco tiene que ver con el que del mismo han tenido y tienen una mayoría de las mujeres. Hablar de amor en los años veinte, y en los ochenta también, para muchas sigue siendo indesligable de matrimonio, maternidad, convivencia cotidiana y proximidad física. Para Beauvoir nada de todo esto parece



ser lo más importante de su vida amorosa, sino que por el contrario, pueden suponer trabas a su realización.

En 1984, dos años antes de su muerte y en plena madurez de juicio, Beauvoir considera que la maternidad no es la misión esencial de la vida de una mujer. Que de la capacidad biológica de traer niños al mundo no se deriva obligatoriamente el deber social de la maternidad. Que la maternidad no es en sí un acto creativo. Que en las condiciones de vida actuales, la maternidad reduce a menudo a las mujeres a una verdadera esclavitud. Por estas razones es necesario contestar a la ideología de la maternidad, y la división del trabajo en tareas masculinas y femeninas: «Se explota a las mujeres y ellas se dejan explotar en nombre del amor», decía Simone.

Muchos años antes, al final del *Segundo Sexo*, ya expresaba su deseo de que algún día los hombres y las mujeres se vuelvan a encontrar, «que afirmen sin equívoco su fraternidad». Una visión noble y audaz de una sociedad liberada de la prisión de los roles sexuales y de las relaciones dueño-esclavo.

«El juicio de valor que hago —insistía Beauvoir en 1984—, lo que yo condeno, no es a las madres, sino a la ideología que incita a todas las mujeres a ser madres, y las condiciones en las que deben serlo.»

Por otra parte, también considera que «las relaciones madre-hija son generalmente catastróficas. Desde mi punto de vista —puntualiza—, a lo más son soportables, pero nunca apasionadas, amorosas, tiernas, como yo creo que deben ser las relaciones. La relación de amistad es la más completa y la más maravillosa.

Parece ser que Mme. Morel, una íntima amiga de Beauvoir y de Sartre, les sugirió en más de una ocasión que tuvieran un hijo, y que ella se encargaría de su cuidado y educación para que en nada perturbara el trabajo de sus padres, pero ellos no quisieron pasar por esta experiencia, prefiriendo seguir su marcha de investigación de la propia interioridad y la de su entorno. Como escribe Simone al referirse a los dos personajes centrales de su novela *La invitada*: «Estaban juntos en el centro de un mundo que tenían la misión de revelar». De la protagonista, con quien se identifica, dice al hablar de todas las dichas: «en primer lugar estaba la de poder colaborar con él; su cansancio y su esfuerzo común les unían más estrechamente que un abrazo. No había ni un momento de aquellos ensayos agotadores que no fuera un acto de amor».

Fidelidad y sexualidad

«Te he sido fiel a mi manera», solía decirle Sartre a Beauvoir cuando le contaba su último flirteo, o le hablaba de su ligue de turno, que tuvo un montón. Ella no podía quejarse de la actitud de él, ya que esto formaba parte del juego que ambos voluntariamente habían aceptado, pero ello no quita que en determinados momentos ella sufriera de mal de amores y de celos. «Soy frío», comentaba Sartre de sí mismo, y al preguntarse sobre las turbaciones de la sexualidad en su juventud dice: «No es que a los veinticinco años ignorase el asunto, pero me parecía un escándalo irrazonable». Despreciaba todos los desórdenes del cuerpo y estaba convencido de que movilizándolo la voluntad uno siempre puede dominarse.

Simone, con su aparente frialdad, al enamorarse de Sartre se descubre como un ser

profundamente apasionado. Ella, que se había esforzado en dominar su cuerpo y creía que lo físico nunca debía predominar sobre lo espiritual, reconocía que sus deseos superaban a su voluntad: «Tomar cuerpo es una gran fiesta». Sus ardores, sobre todo al principio, fueron causa de sufrimiento y dolor, ya que Sartre en ningún momento perdía su lucidez. El definía su mente como «una higiénica sala de operaciones» y trataba sus sentimientos como si fueran ideas. Las relaciones con los otros tenían como finalidad principal el descubrirse a sí mismo y a los otros y a continuación poder expresar ese descubrimiento.

Simone, por el contrario, cuenta que en sus primeros tiempos de enamoramiento, su pasión por Sartre le hizo perder el centro de su propia vida, perdió las riendas y se sentía arrebatada: «Me despeñaba por los abismos de la muerte, del infinito, de la nada. Cuando el cielo se serenaba, nunca sabía si estaba despertando de una pesadilla o si me estaba sumiendo en un largo sueño azul». En 1984, desaparecido ya Sartre, Simone habló de su vida sexual con la sinceridad y claridad que siempre le caracterizaron: «El acto sexual propiamente dicho a Sartre no le interesaba particularmente. Pero a él le gustaba acariciar. Para mí las relaciones sexuales con Sartre fueron enormemente importantes los dos o tres primeros años —fue con él con quien yo descubrí la sexualidad—. Después eso perdió su importancia, en la medida en que para Sartre tampoco la tenía. Aunque nosotros continuamos teniendo relaciones sexuales bastante tiempo, durante quince o veinte años. Pero eso no era la cosa esencial».

En estas mismas declaraciones va más allá de su relación concreta con Sartre al decir: «Ningún hombre me ha tocado nunca si nosotros no hemos estado ya unidos por una gran amistad». Y añade que nunca vivió «sexualidad anónima», es decir, el deseo puramente físico satisfecho con cualquiera.

Amantes y otras contingencias

Según nos cuenta Simone de Beauvoir, Sartre quería en su vida lo esencial y lo contingente: lo quería todo sin perderse un ápice de nada. Lo esencial era Simone y lo contingente es una cosa que puede cambiar, que no es de capital importancia, lo cual no significa que carezca de importancia. «Imaginaba de buen grado —decía Sartre en 1976— a sucesivas mujeres: todas ellas lo serían todo para mí en un momento dado. Las cualidades de Simone de Beauvoir hicieron que ella ocupase en mi vida el lugar que ocupa y que nadie más puede ocupar... Comprendimos los dos lo que significábamos el uno para el otro».

Cuando Beauvoir y Sartre se conocieron y se enamoraron, Sartre ya tenía una amiga y amante, Simone Jolivet: mujer audaz, inteligente y ambiciosa, extravagante y dispuesta a despreciar todos los tabúes. Las biógrafas de Beauvoir cuentan que Sartre «había estado ardientemente enamorado de esa chica, a la vez apasionada y fría, capaz de utilizar su cuerpo para atrapar a ricos amantes o para darse el lujo de una aventura desinteresada, llena de tormentas, peleas y reconciliaciones con él».

Simone descubrió entonces lo que era el tormento de los celos: ¿tenía Sartre más afinidades con la otra Simone, más desparpajada?, ¿era ella una simple puritana?. «Me costaba juzgarla —escribe en *La plenitud de la vida*—. La facilidad con la cual usaba

de su cuerpo me chocaba, pero ¿había que condenar su desenvoltura o mi puritanismo? Espontáneamente, mi cuerpo, mi corazón, la condenaban; mi razón, sin embargo, rechazaba ese veredicto: quizá debía interpretarlo como un signo de mi propia inferioridad».

Sartre, sin ningún tipo de escrúpulos ni reparos, hablaba a Beauvoir de Jolivet y a Jolivet de Beauvoir, ésta última optó por tomar la vía directa y decidió que lo mejor era conocerse entre ellas. La escritora francesa reconoce que quedó desconcertada al reconocer ante ella al prototipo de mujer liberada y creadora. Tuvo sensación de derrota y comenta: «Sólo una brillante afirmación de mí misma hubiera restablecido el equilibrio».

A medida que Beauvoir fue reconquistando el dominio de sí misma, entre estas dos mujeres surgió una buena relación de respeto mutuo y admiración.

Con la Jolivet da comienzo una interminable cadena de «amores pasionales» (Sartre llama así a los amores que tuvieron alguna importancia en su vida), que Beauvoir intentó sobrellevar lo mejor posible, primero con el sobresalto de los celos, después con mayor calma, al comprobar que los «amores contingentes» no deterioraban su «amor esencial».

«En cuanto nos conocimos —escribe Simone en una de sus primeras cartas a Jean-Paul Sartre—, me dijiste que eras polígamo, que no tenías intención de limitarte a una sola mujer, a una sola historia, y fue un valor entendido...»

La regla de la transparencia que ejercieron en su mutua relación les permitió, como mujer y como hombre, comprender lo más exactamente posible qué eran la vida y el amor para el sexo opuesto. «La palabra amor —escribe Beauvoir— no tiene el mismo significado en absoluto para uno y otro sexo y eso es una de las fuentes de los graves malentendidos que los separan... El amor no es más que una ocupación en la vida del hombre, mientras que para la mujer, es la vida misma».

Beauvoir aceptó la cláusula de los amores contingentes porque pensaba que esto le llevaría a vivir el amor como un ser libre. «El individuo que es sujeto —escribe—, que es él mismo..., se esfuerza por ensanchar su dominio sobre el mundo... Para la mujer, el amor es una total dimisión en provecho de su amo.» Ella no pretendía vivir una dimisión en provecho de Sartre, sino que deseaba la igualdad en sus relaciones, relaciones en las que los dos se enriquecerían de todo aquello que vivía el otro.

El primer triángulo

El tenía treinta años y luchaba contra el aburrimiento y la caída de su pelo. Ella veintisiete y atravesaba una crisis de angustia. «Estábamos hartos —escribe Beauvoir— de nuestros exactos exámenes de conciencia de intelectuales, hartos de la vida virtuosa y formal que llevábamos, hartos de aquello que denominábamos entonces “lo construido”. Atravesaban estos estados de ánimo, cuando surgió una tercera persona que pasó a convertirse en el centro de sus vidas, se trata de Olga, una alumna de Simone. Sartre explica en sus *Cuadernos de guerra*: «Necesitábamos cierta desmesura, porque llevábamos demasiado tiempo siendo comedidos. Todo aquello terminó con un extraño humor negro que adquirió tintes de locura alrededor del mes de marzo, y acabó cuando conocía a O., que era precisamente lo que deseábamos y nos permitió ver claro.»

Olga era una jovencísima eslava rubia. Extremista, generosa, independiente, tenía unos impulsos sentimentales, un sueño de absoluto y una impetuosidad, que hicieron que Sartre se enamorara locamente de «la pequeña rusa»: «Llegué a lo más hondo de mi locura y de mi pasión por O.: dos años —recoge en uno de sus *Cuadernos*—. Desde marzo de 1935 a marzo de 1937».

«Nos convertimos en un trío», escribe Beauvoir, y esta historia fue durante dos años el centro de sus vidas. La introducción de una tercera persona en un dúo, que obliga a cada cual a descubrirse a través de la mirada del otro es el tema de la novela *La invitada* y de *Huis Clos*, tema que fascinaba a Beauvoir y a Sartre: «Pensábamos —dicen— que las relaciones humanas debían ser reinventadas constantemente». Organizaron sus relaciones sobre la base de un trío perfecto: «Pusimos a punto un sistema de tête-à-tête y de reuniones plenarias que en principio debía satisfacernos a todos».

Beauvoir en sus diferentes apuntes y aclaraciones no deja de traslucir que por aquel entonces funcionaba estimulada por cierto masoquismo intelectual y afectivo. Reconoce que toda aquella complejidad «Era obra de Sartre... En cuanto a mí, por mucho que intenté encontrar satisfacción en ello, nunca me sentí a gusto». Y añade: «El plantearme el trío como un asunto de larga duración que se prolongara durante años, me aterrizzaba». Por otra parte, el decir: «No somos más que uno solo», le parecía una trampa, puesto que de sobra sabía que había experiencias que cada uno vivía por su cuenta.

Para Beauvoir fue una experiencia violenta y difícil, ya que se encontró atrapada y dividida entre el cariño hacia Olga y el inmutable amor por Sartre. En *La invitada* Simone se liberó matando a Olga en el último capítulo titulado «Legítima defensa».

En 1985, cuando le preguntaron a la escritora francesa sobre si la experiencia del trío supuso una tortura, ella respondió: «Hubo momentos muy, pero muy buenos en la medida en que cada cual se entregaba mucho. No hubiera durado tanto tiempo si no hubieran existido ratos muy felices entre Sartre y Olga o entre Olga y yo. Pero no fue exactamente una tortura, sino algo complicado. Hubo malos ratos para todo el mundo.»

Nuevas seducciones

Cuando los amores entre Olga y Sartre ya están de capa caída, surge un nuevo personaje, Wanda, hermana de Olga. Sartre, eterno seductor, al sentirse fracasado con la hermana mayor, se dedicó a seducir a la pequeña, hasta que lo consiguió. Esta nueva pasión le duró mucho tiempo. También Simone es partícipe de los avatares de este nuevo apasionado amor, como podemos ver bien recogido en *Cartas al Castor y algunos otros*, edición llevada a cabo por la propia Simone de Beauvoir.

Con pelos y señales, Sartre relata a Beauvoir lo que piensa y siente acerca de su amante de turno. En los dos gruesos tomos que contienen la correspondencia, las venturas y desventuras con Wanda —en la correspondencia llamada Tania—, son las que aparecen en mayor número: crisis, rupturas, reencuentros, juicios de valor. «Pues, a fin de cuentas —dice Simone contándole su crisis pasional—, no se justifica del todo: ni por el valor que concedo a T. cuando la veo, ni por los propios hechos (de que hay una historia en este momento no cabe la menor duda, pero de que ésta se pega a mi destino como un piojo a un cabello, tampoco, como bien dijera usted). De suerte que me cen-

suro duramente por todo este pequeño jaleo. Pero, ¿qué quiere? Aquí lo que falla es que no puedo decir que estas relaciones merezcan mucho más que una estúpida crisis de celos. Fuera de estas crisis, la relación es cordial y lánguida. El valor que concedo a esta muchacha, se lo concedo sobre todo a la luz de los momentos pasionales».

En su correspondencia con Simone, Sartre reiteradamente compara lo que para él suponen sus amores contingentes con su amor necesario: «Me puse a escribir mis cartas —escribe— y después me acerqué a la estufa y me puse a calentarme nalga con nalga con otros soldados, fumando y pensando en usted con deleite. De vez en cuando me acordaba también de Tania rodeándome con sus brazos y diciéndome: “Cariñito mío, cariñito mío” y también esto me estremecía. Pero es curioso: hoy los recuerdos de Tania se han agotado, sólo existe usted. Amor mío, si pudiese saber cuánto la he amado estos días, dejaría de preguntarme qué es eso de un sentimiento en mi cabeza y renunciaría para siempre a llamarme sepulcro blanqueado».

Entre un sin fin de jaleos falderiles, Sartre siempre acaba confesando a Beauvoir, que ella es lo único no cambiante, que es su conciencia moral y su juez, que él sólo es puro con ella y que si ella le faltara se volvería loco. «No lo lamente —escribe el 28 de febrero de 1940—, no es que la guerra me haya mostrado la infinita distancia que había entre mi afecto por usted y el que me inspiran todas las otras —eso ya lo sabía—, pero sí me enseñó que con usted no podía permitirme una negligencia o un descuido, por lo fuerte que era este amor y porque nobleza obliga.» Y en otra carta escrita el día siguiente (mientras Sartre estuvo en el frente su correspondencia con Simone fue diaria): «La quiero. Tengo miedo de inspirarle desconfianza con todas esas mentiras en las que me enredo, tengo miedo de que mi verdadera imagen y lo que soy para usted queden un poco salpicados. Tengo miedo de que repentinamente se pregunte, en medio de tanta política, de mentiras enteras y sobre todo de verdades a medias: ¿no me estará mintiendo a mí, no estará diciendo la verdad a medias? Se lo pregunta usted, de vez en cuando. Mi pequeño, mi adorable Castor, le juro que con usted soy completamente puro. Si no lo fuera, no habría nada en el mundo con lo que no me comportara como un mentiroso, me perdería a mí mismo. Amor mío, es usted no sólo mi vida sino también la única honestidad de mi vida. Gracias a que usted es como es. La quiero».

En su vida de mentiras y medias tintas, considera que sólo su amor por Simone es lo no cambiante: «E impresiona, querido amor mío, pequeña mía, pensar que lo único que no tiene que cambiar por nada del mundo, lo único enteramente verdadero y satisfactorio, es nuestro amor».

Las censuras de Beauvoir no sólo no le molestan sino que las considera necesarias; la severidad para con él es una prueba más de su verdadero amor.

En carta del 11 de abril del 40, se reafirma una vez más en su único amor necesario: «Mi querida pequeña, creo que no podría prescindir de usted; he pensado, sin romanticismo, con fría exactitud, que si usted muriese yo no me mataría, pero me volvería completamente loco. Entonces sigamos bien vivos, amor mío».

Una apertura total

Si la transparencia fue la pasión dominante en la relación Beauvoir-Sartre, el hecho de sacar a la luz pública la correspondencia íntima, es una muestra más de esa claridad

vivida del principio al fin. Las *Cartas al Castor* causaron el asombro de muchos y el pasmo de algunos, al comprobar que su contenido revela muchos de los trapos sucios de la vida de Sartre y sus experiencias sexuales. Poner todas las cartas boca arriba con los únicos límites del conocimiento de sí mismos y del mundo, fue el regalo más generoso que se hicieron los dos escritores. Las biógrafas de Beauvoir, C. Francis y F. Gontier, lo expresan muy bien cuando dicen: «Su obra, que trabajaron en común, donde tiene capital importancia la experiencia, lo físico y lo auténtico, no existiría en su originalidad sin esa apertura total sobre sí mismos, sin artificios, sin vanidades, sin reservas ni disfraz».

Simone dijo en más de una ocasión, que sólo deberíamos hacer lo que somos capaces de asumir. El publicar su correspondencia íntima es una responsabilidad que muy bien podía cargar sobre sus hombros, y así lo hizo. «Al ofrecer al público esta correspondencia —dice en la introducción—, no hago más que cumplir uno de sus anhelos. Sería de desear, no cabe duda, que toda su obra epistolar —que es inmensa— acabara reunida, pero esto llevará seguramente mucho tiempo. Preferí entonces no esperar y divulgar ahora mismo las cartas a mí dirigidas, así como algunas otras legadas o confiadas por sus destinatarias».

Por su parte Sartre, en el verano de 1974, también precisó lo que sus cartas representaban para él: «Eran la transcripción de la vida inmediata... Eran un trabajo espontáneo. Pensaba para mis adentros que esas cartas podrían publicarse... En el fondo imaginaba que las publicarían después de mi muerte... Mis cartas han sido, en definitiva, una especie de testimonio sobre mi vida».

Al publicarse *Las Cartas al Castor*, más de un crítico se preguntó si el caso de la Beauvoir, no era, en definitiva, como el de tantas esposas que han tenido que sufrir las múltiples aventuras amorosas de sus maridos. Ante tales comentarios ella respondió: «Esa visión de mí es falsa. En el seno de mi pacto con Sartre, yo tenía la misma libertad que él y la usé».

Sartre comentó de los amores de su amor: «Entre Simone de Beauvoir y yo nunca hubo discusión alguna respecto a sus amores secundarios. Porque yo los consideraba totalmente secundarios, sin preocuparme de lo que pudiera ocurrir en esas aventuras».

Ella decía de los amores de Sartre: «... acepté el hecho sin dificultad; sabía hasta qué punto estaba empeñado Sartre en el proyecto que gobernaba toda su existencia: conocer el mundo y expresarlo; tenía el convencimiento de estar tan estrechamente ligada a él que ningún episodio de su vida podía frustrarme.»

Sus amores secundarios

En 1937, la Simone treintañera sigue siendo mujer de un único amor, pero aquel año, en una excursión por los Alpes, el joven Jacques-Laurent Bost, se convirtió en su primer amor contingente. En la novela *La invitada*, su autora y protagonista del affaire, nos cuenta con detalle cómo fue aquel encuentro. Surge así un nuevo trío muy distinto del hasta entonces vivido con Olga. Informado Sartre, de inmediato aprobó los nuevos lazos. En cuanto a Olga —que más tarde pasaría a ser la esposa de Bost—, consideraron

que era mejor no informarla, ya que no la veían lo suficientemente fuerte como para vivir la transparencia como ellos lo hacían.

Y mientras Beauvoir descubre en profundidad a su joven amante, que durante largo tiempo lo había considerado como un ser intocable, ¿qué hacía Sartre? El nunca perdía la marcha, y por aquel entonces se afanaba en la conquista de la hermana menor de Olga, a la vez seguía saliendo con ésta que no estaba dispuesta a finalizar su relación, y también se trabajaba a una alumna que salía con Merleau-Ponty y al que se la consiguió quitar.

Después de tres semanas de convivencia con Bost, Beauvoir y Sartre emprendieron solos un viaje a Grecia. Cada año, y durante toda su vida, los dos reservaban algunas semanas para pasarlas en la más estricta intimidad, generalmente aprovechaban este tiempo para hacer un viaje al extranjero.

La filosofía de fondo de Sartre es él quien mejor la cuenta: «En cuanto a la vida misma —explica—, había que vivirla a la buena de Dios, de cualquier manera». Beauvoir le eligió a él y le aceptó con todas sus consecuencias, convencida de que uno debe asumir la responsabilidad de todos sus actos y de todos sus pensamientos.

Su segundo amor contingente, Beauvoir lo encuentra en 1947, diez años después del descubrimiento de Bost. Se trata de Nelson Algren, un escritor americano que describía en sus novelas la vida de los bajos fondos de Chicago. Se enamoraron perdidamente, pero por parte de Simone, no hasta el punto de olvidarse de que «su vida estaba en Francia, y para siempre».

Al regresar a París, trastornada por su nuevo amor americano, comunicó a Bost que a partir de entonces ya no serían más que amigos, pues otro tipo de relación para ella había dejado de tener significado. Quedaba aclararse con Sartre que se encontraba enredado en otro nuevo lío amoroso, esta vez con una actriz llamada Dolores que había conocido en América, que estaba decidida a divorciarse de su rico marido para casarse con él.

Cuando Simone planteó su problema, Sartre se debatía con los suyos propios: le atraía mucho Dolores pero no estaba dispuesto a cambiar su vida que le permitía combinar sus amores contingentes, su trabajo de escritor y su amor esencial.

Nuevos encuentros con Algren

En medio de aquellos avatares, Beauvoir decidió volver a América para reunirse otra vez con Algren. Y así lo hizo. Pasaron dos semanas de felicidad y descubrimiento mutuo, hasta el punto de que Algren entusiasmado le pidió que se quedara. Simone le habló del pacto inquebrantable que existía entre Sartre y ella, pero él no comprendió nada. A partir de aquel momento, y durante varios años, Simone batalló por mantener y conciliar su relación de amor con Sartre y, al otro lado del Atlántico, con Nelson Algren. Esta etapa de amor y tormento ha quedado recogida en las mil ochocientas páginas escritas por Simone a Nelson, llenas de calor y ternura, pero en las que también deja claro que la separación no le asusta: «No debemos sentirnos separados. Al contrario, cuando volvamos a vernos, dentro de nueve o diez meses, estaremos más cerca, ten-

dremos todavía más intimidad que cuando nos encontramos separados. Tenemos que tratar de vivir juntos estos meses».

Después de su segundo encuentro con Algren, de nuevo éste le planteó que se quedara definitivamente con él, y una vez más Simone le explicó que le era imposible. Todavía hay más encuentros, y cada uno de ellos, acaba siendo más conflictivo. El tenía bien claro que necesitaba casarse con ella para entregarse mutuamente sus vidas sin tenerla que compartir con terceros. Ella era consciente de que ambos tenían sus vidas hechas y de que no era cuestión de trasplantarlas a otra parte. En *La fuerza de las cosas* dice: «Aunque Sartre no hubiera existido no habría fijado mi residencia en Chicago: y si lo hubiera intentado no habría soportado por cierto más de uno o dos años un exilio que arruinaba mis razones y mis posibilidades de escribir. Por su parte, aunque yo a menudo se lo haya sugerido, Algren no podía instalarse en París ni siquiera la mitad del año; para escribir necesitaba estar arraigado en su país, en su ciudad, en el medio que se había creado». En la abundante correspondencia que dura un considerable período de tiempo, el escritor americano continúa exponiendo su deseo de tener «un lugar mío para vivir con una mujer mía y con un hijo mío». Y la respuesta de la escritora francesa es: «Anhelar estas cosas no es excepcional, es un deseo muy común pero yo nunca lo había sentido».

Un día Algren le comunicó que hacía algunos meses que se había vuelto a ver con su ex mujer y que pensaba volver a casarse con ella. Tuvieron aún un último encuentro que acabó fatal, a pesar de que ella puso todo su empeño para conseguir una suave despedida en lugar de una brusca ruptura. En *La fuerza de las cosas* escribe: «Por fin dije que estaba contenta de mi estadía y que por lo menos quedaba entre nosotros una verdadera amistad». Pero la respuesta del amante americano fue tajante: «No es amistad, me dijo brutalmente. Nunca te podré dar menos que amor».

Al regresar a París, Simone recibió una carta de Algren en la que resumía de forma totalmente clarificadora: «Se puede sentir afecto por alguien, pero ya no aceptar que dirijan y destrocen tu vida. No es aceptable amar a una mujer que no te pertenece, que hace pasar otras cosas y otras personas antes que tú sin que nunca sea cuestión de pasar primero. No lamento ninguno de los instantes que hemos pasado juntos. Pero ahora quiero otro género de vida con una mujer y una casa mías... La decepción que sentí cuando hace tres años comencé a darme cuenta de que tu vida pertenecía a París y a Sartre, ahora es vieja y se ha atenuado».

Finalizada esta aventura de amor y dolor, Beauvoir comenta: «No me arrepiento de que haya existido. Nos ha dado mucho más de lo que nos ha arrancado».

Mantener «cierta fidelidad»

En los varios miles de páginas que forman las *Memorias* de Simone de Beauvoir, la autora francesa se pregunta con frecuencia: ¿hay conciliación posible entre la fidelidad y la libertad? ¿A qué precio?

De la fidelidad integral comenta que es muy recomendada, poco observada y sentida ordinariamente por los que se la imponen como una mutilación. Desde siempre el matrimonio tradicional ha permitido que el hombre trampee en el contrato, sin reciproci-

dad. Beauvoir observa que en la década de los sesenta cada vez van siendo más las mujeres que van tomando conciencia de sus derechos y de las condiciones de su felicidad: «si en su propia vida nada compensa la inconstancia masculina —comenta— las roerán los celos y el aburrimiento». Llega entonces a la conclusión de que la salida para la pareja se encuentra en el pacto que Sartre y ella mantenían desde hacía tiempo: «mantener a través de las separaciones “cierta fidelidad”». No duda que la empresa tiene sus riesgos: «puede ser que uno de los dos integrantes de la pareja —dice— prefiera sus nuevos vínculos a los antiguos y que el otro se estime entonces injustamente traicionado; en lugar de dos personas libres se enfrentan una víctima y un verdugo».

Al revisar su planteamiento de vida, Beauvoir reconoce que Sartre y ella habían sido del todo ambiciosos al haber querido conocer «amores contingentes». Pero reconoce que habían olvidado una cuestión: «¿cómo se acomodaría el tercero a nuestro orden?» Ella misma responde: «Aconteció que se adaptaba sin esfuerzo: nuestra unión dejaba bastante lugar para amistades y camaraderías amorosas, para romances fugaces. Pero si el protagonista deseaba más, estallaban los conflictos.» Tuvieron muchas ocasiones de comprobarlo: las más por parte de Sartre, y en lo que respecta a Simone, Nelson Algren fue un caso clarísimo.

Aún así, en cuestión de amoríos, Beauvoir no paró su marcha, y si como dice el refrán, «no hay dos sin tres», cumplidos los cuarenta años tuvo un tercero y último amante. «Cuando se me ofreció la ocasión de renacer una vez más —cuenta en sus *Memorias*—, la tomé». Tenía cuarenta y cuatro años y Claude Lanzmann diecisiete menos que ella: «Esto no nos asustó —escribe Simone en *La fuerza de las cosas*—. Por mi parte, necesitaba distancia para comprometer mi corazón, ya que no se trataba de calcar mi relación con Sartre. Algren pertenecía a otro continente. Lanzmann a otra generación; era también un cambio y ello equilibraba nuestras relaciones. Su edad me condenaba a no ser más que un momento de su vida: esto disculpaba, ante mis propios ojos, el hecho de que no le diera hoy todo de la mía. Por otra parte, tampoco me lo pedía: me aceptó entera, con mi pasado y mi presente. De todas maneras, nuestro acuerdo no se hizo en un instante».

Durante los seis años largos que duró la convivencia con Lanzmann, Simone cuenta que se vio liberada de su edad, y en gran parte, de su angustia. En cuanto a su relación con Sartre, ella cuenta: «Seguí viéndolo tanto como antes, pero adquirimos hábitos nuevos». Las relaciones con su tercer amante también terminaron. «Era normal —dice Simone—, era fatal, y luego de reflexionar, hasta deseable para los dos. Pero el momento de reflexionar aún no había llegado. La acción del tiempo siempre me ha desconcertado, tomo todo como definitivo, y por ello el trabajo de la separación me fue difícil. A Lanzmann también, por otra parte, aunque la iniciativa hubiese venido de él».

Vivir sin tiempo muerto

Vivir sin tiempo muerto fue uno de los eslóganes de mayo del 68 francés, que a Beauvoir emocionaba especialmente, por la sencilla razón de tratarse de algo que ella intentó hacer desde su infancia. Su cabeza y su corazón siempre funcionaron a tope. Un capítulo que también tuvo mucha importancia en su vida y del que no hemos hecho mención

al hablar de sus amores, fue el de la amistad, entre las que destacan las amistades femeninas, no por numerosas, sino por profundas, fieles y afectuosas. Son de mencionar, entre otras, las estrechas relaciones con su hermana, con Olga, con N. Sorokine, con Violette Leduc, con Bianca y, sobre todo con Sylvie Le Bon, que comenzó en los años sesenta.

Simone explica en *Final de cuentas*: «Cuanto más conocía a Sylvie, más afinidades sentía con ella. Era, como yo, una intelectual, apegada apasionadamente a la vida. Se me parecía en otras cosas, a pesar de los treinta y tres años de diferencia; se repetían en ella mis virtudes y mis extravagancias. Tenía un don muy raro: sabía escuchar. Por sus reflexiones, sus sonrisas y sus silencios hacía hablar, y aun hablar de uno mismo; también yo la tuve al día respecto de mi vida, informándola detalladamente de mi pasado. Nadie habría podido aprovechar mejor que ella lo que yo podía darle; nadie habría apreciado mejor que yo lo que recibía de ella. Me gustaban sus entusiasmos y sus cóleras, su seriedad, su alegría, su horror a la mediocridad, su generosidad y su prudencia».

Sylvie Le Bon y Simone de Beauvoir fueron íntimas amigas hasta la muerte de esta última. Su estrecha unión está recogida en *Final de cuentas*: «Podemos vernos todos los días. Está mezclada en mi vida como yo en la suya. Conoce a todos los que me rodean. Leemos los mismos libros, vamos juntas a los espectáculos, damos largos paseos en coche. Tal reciprocidad me hace perder la noción de mi edad: me arrastra hacia su futuro y por momentos el presente recupera una dimensión perdida».

En una entrevista con A. Schwarzer en 1984, recordando su vida, Simone dice: «Siempre he tenido grandes amistades entre las mujeres. Muy tiernas, a veces incluso de una ternura acariciadora. Pero nunca despertaron en mí pasión erótica alguna».

En cuanto a la homosexualidad opina que «en sí, es tan limitadora como la heterosexualidad: lo ideal debería ser el poder amar lo mismo a un hombre que a una mujer, da igual, un ser humano, sin sentir miedo, limitación ni obligación alguna».

Una vez más, y muy cerca ya del final de su existencia, Simone de Beauvoir exponía lo que había sido el telón de fondo de su vida y de su obra: el amor y la libertad, que cuando se dan a la par, son la sal de la tierra. Si el amor quita la libertad, la sal se hace insípida. Sólo la libertad le devolverá el sabor.

Isabel de Armas

Memorias de una joven formal. *Simone de Beauvoir*. Editorial Sudamericana.

La plenitud de la vida. *Simone de Beauvoir*. Editorial Sudamericana.

La fuerza de las cosas. *Simone de Beauvoir*. Editorial Sudamericana.

Final de cuentas. *Simone de Beauvoir*. Editorial Edbasa.

La invitada. *Simone de Beauvoir*. Editorial Sudamericana.

Los mandarines. *Simone de Beauvoir*. Editorial Sudamericana.

Simone de Beauvoir. *Biografía de Claude Francis y Fernande Gontier*. Editorial Plaza&Janés.

Cartas al Castor y algunos otros. *Jean Paul Sartre*. Edición, presentación y notas de *Simone de Beauvoir*. Editorial Edbasa.

Simone de Beauvoir aujourd'hui, Six Entretiens. *Alice Schwarzer*. *Mercure de France*.

Para qué la acción. *Simone de Beauvoir*. Ed. La Pléyade.